

LA INTRUSA

Para mi esposo Rudy Klainsek que me la presentó.

Abrí lentamente los ojos mientras miraba la hora y pensaba en parar el despertador. Mi boca dijo en voz baja: "Hoy llega" y me volví a dormir un rato más. Solo quince minutos más, pues el ruido del chispero me despertó. Me pregunté como todas las mañanas porque no encendía el fuego con fósforos mi querido marido. A través de las celosías pude ver que el día era bueno.

Llegaba lejano el ruido de la afeitadora, me lo imaginé esmerándose y mirándose atentamente en los espejos. Me dio bronca y decidí quedarme un poco más en la cama pues apenas me levantara el comenzaría a hablar de ella.

En abril del año pasado comenzó a nombrarla. Primero hablaba de ella de vez en cuando y dentro de otros temas la nombraba al pasar. No es que disimulara sino que realmente no le daba la importancia que ya para noviembre había adquirido en su vida.

Yo sentí ese "alerta rojo" que las mujeres sentimos, más o menos para junio, el día de mi cumpleaños, cuando nos reunimos en casa y vinieron mis sobrinos y el novio de una de las chicas la conocía bien a ella. Ese día supe que empezaba la guerra.

Ahora me viene la imagen de él con los ojos entornados, sus ojos celestes que tanto amo, y con una expresión de deseo contenido tan grande que me quedé parada en la puerta de la sala con la jarra de clericó en la mano y esa cara de tonta o desorientada que ponemos las mujeres cuando sentimos algún peligro, y aún no hemos tenido tiempo de pensar que hacer.

Fue una reunión cansadora, pues debí fingir que estaba contenta pero no conseguía relajarme. Cerca de las doce de la noche tuve que ir al baño casi corriendo, descompuesta. Ya mi cuerpo comenzaba a protestar por la tensión.

Me pinté los cachetes y volví a arreglarme los ojos y me sentí contenta con mi imagen. Entré al living sintiéndome deslumbrante pero él ni me vio y mis sobrinas me preguntaron si se me había caído la caja de pintura en la cara. Punto final.

Al día siguiente me desperté a las dos de la tarde con una terrible jaqueca y la boca espesa como si me hubiera emborrachado. Era domingo y él estaba leyendo el diario mientras tomaba su perpetuo mate. Lo noté cambiado, quizá más gentil, me preguntó si buscaba los raviolos o comíamos otra cosa. A mí el estómago se me dio vuelta, pero me lo aguanté y le pedí que vaya él mientras trataba de reponerme.

Cuando volvió, yo ya estaba repuesta y comenzó el tiempo de guerra. Sentía que tenía que atacarla ahora pues era algo incipiente, pero él puso cara de desconcertado y no quiso hablar más.

El corte fue brusco y en ese momento recuerdo que no supe si era porque no le interesaba o porque ya estaba tan comprometido en sus sentimientos que no había forma de separarlo del camino que lo llevaba a ella. Esta lucha duró unos cuatro meses.

La cosa quedó así definida: él hablaba de ella con los demás y cuando yo lo atacaba me cambiaba de tema o me comentaba cosas restándole importancia y eso me irritaba más.

Cada día lo sentía más lejano y a veces de noche yo abría los ojos y lo miraba y él se apresuraba a cerrar los suyos como para evitar preguntas. Hasta que empezó a mentirme; primero me contó de un curso de posgrado dos veces por semana, del cual

nunca supe más datos que ése. Pero sospeche y luego confirmé que se reunían con otros que la conocían y sospecho que también la deseaban.

Recuerdo mi estúpida alegría porque aún no había llegado a Buenos Aires y pensé que tenía un tiempo para ganarlo de vuelta para mi lado... Pero aún me faltaba encontrar la nota. Una tarde cuando fue a buscar unos apuntes a la casa de un colega en Belgrano, y no llevó el atache, lo busqué y cosa rara no lo había cerrado con llave. También pensé que lo había hecho a propósito para que yo lo supiera sin tener que decírmelo él.

Ahí estaba la confirmación de su llegada el 19 de Febrero de 1990, lunes al mediodía. Me quedaban quince días escasos para hacer algo. Pero ¿qué podría hacer?. Nada lograría oponiéndome. Él se empeñaría más.

Solo me quedaba mostrarme gentil y aceptar que tendría que vivir con la extraña en casa. Sonreí con esa autopiedad que a veces nos ataca.

Recordaba haberla odiado siempre. Nunca la comprendí. Para mí fue siempre un enigma .Fría, calculadora. Sin sentimientos... Y ahora está por llegar a mi casa y convertirse en dueña y señora de mis cosas más íntimas y yo impotente; por salvar mi matrimonio, acepto.

Decido levantarme y comenzar a arreglar la casa, sobre todo la parte del living cercana a la ventana, pues es el lugar elegido, por mi marido, para que ella ocupe; La computadora Made in Taiwan "con sus claras letras de color ámbar y su increíble capacidad para acumular datos y procesarlos; ella, "la deseada", "la extraña". La primera computadora de mi esposo...¡¡¡mi enemiga!!!

La que ocupará el lugar importante de la casa y le robara el precioso tiempo que antes él me dedicaba. Pero me voy a vengar. ¡Se los prometo!...

.....